

«la corona, sino tambien el laurel de que está entretrejida.
 «Mi amada patria enriqueció mis primeros años con los
 «elementos de las letras humanas; su complemento fue
 «obra de la Universidad de Paris, de esa escuela enton-
 «ces tan floreciente, tan frecuentada, la madre de las be-
 «llas letras, y hoy, ¡oh afflictivo pensamiento! ¡oh lamenta-
 «ble vicisitud de las cosas humanas! hoy desolada por las
 «guerras civiles, y amenazada quizás á no ser bien pronto
 «sino un monton de ruinas. ¡Oh Dios! no permitais esta
 «desgracia. Allí fue donde despues de la retórica aprendí la
 «filosofía, lo que me fue tanto mas fácil, cuanto que en esta
 «célebre escuela, hasta los techos y las paredes parecian
 «hablar filosofía, pues tanto resonaban en ella los argumen-
 «tos. Pero cuando quise iniciarme en la ciencia del dere-
 «cho, el brillo de la Universidad de Padua fijó al punto
 «mis miradas; la ilustracion de sus doctores y profesores
 «me atrajo á ella. En primera fila brillaba Guy Pancirolo,
 «el príncipe de la jurisprudencia, la luz y la eterna felici-
 «dad de esta escuela; á su lado aparecian Menochias, cu-
 «yas sábias lecciones é inmortales escritos dejara á la
 «Universidad sumida en inconsolable pena, si la mas sá-
 «bia de las elecciones no le hubiera dado por sucesor á
 «Angel Mattheace, ese hombre universal, al cual ninguna
 «ciencia es estraña..... ¡Cuántos otros nombres ilustres se
 «podrian citar aquí! Si sé alguna cosa, todo lo debo á estos
 «hábiles maestros: lo declaro solemnemente. Juzgad por
 «esto si alguna espresion podrá nunca manifestar dig-
 «namente mi reconocimiento. Yo debo, sin embargo, ha-
 «cerle subir mas alto: gloria, honor y alabanza sean da-
 «das á Jesucristo, Dios inmortal, á su Santísima Madre,
 «á mi Angel tutelar, y á San Francisco de Asís, cuyo
 «nombre tengo la dicha de llevar; y como la buena vida
 «es á los ojos del cielo la primera de las acciones de gra-
 «cias, ¡oh ley eterna, norma de todas las leyes! estad siem-
 «pre en medio de mi corazón como la regla que me dirija;
 «porque es feliz, Señor, aquel á quien vos enseñais vues-
 «tra ley santa.

«Y vos ilustre Pancirolo, mi venerable maestro, aca-
 «bad esta augusta ceremonia; que vuestras manos puras,
 «acostumbradas á hacer el bien, me honren con las insig-
 «nias respetables, con las cuales esta Universidad conde-
 «cora á aquellos de sus discípulos á quienes favorece con
 «el doctorado.»

Despues de este discurso, Pancirolo dió al recién gra-
 duado el anillo y los privilegios de la Universidad, y po-
 niéndole sobre la cabeza la corona y el bonete de doctor,
 le dijo estas notables palabras: «La Universidad tiene la
 «dicha de hallar en vos todas las cualidades de talento y
 «corazón que puede desear; y lo que pone el colmo á su
 «felicidad, es que el testimonio de estimacion que os da
 «admitiéndoo en el número de sus doctores, tiene tantos
 «aprobadores como personas ilustradas existen que sepan
 «apreciar el verdadero mérito.» Al punto toda la asamblea
 hizo resonar el aire con aclamaciones; se levantó la sesion:
 todos, discípulos y doctores, condujeron á Francisco en
 triunfo hasta su morada, en medio de los aplausos del pue-
 blo, que le prodigaba á su paso alabanzas tan magníficas
 como sinceras. La Universidad le espidió el despacho de
 doctor en derecho civil y canónico, y todos los amigos de
 la virtud cuentan este dia en el número de los dias fe-
 lices (1).

CAPITULO V.

Francisco de Sales vuelve á Saboya.—Es recibido abogado en el
 Senado de Chambery, y rehusa mas tarde ser Senador.—Se de-
 cide por el estado eclesiástico, y es nombrado preposito del ca-
 bildo de Ginebra.—Sus órdenes, y su vida eclesiastica.—Instituye
 la Cofradía de la Santa Cruz.

De 1591 á 1593.

Habiendo llenado Francisco de Sales el objeto que le
 habia llevado á Padua, creyó que la Providencia no le que-
 ría ya en esta ciudad, y pensó en volver á Saboya; pero an-

(1) Carlos Aug., p. 35.

tes deseó visitar á Roma y hacer una peregrinacion á Nuestra Señora de Loreto, á la cual se habia obligado con voto hacia largo tiempo; si bien sus estudios y sus enfermedades le habian impedido cumplirlo. Pidió permiso á su padre, el cual, sin ocultar el deseo que tenia de volverle á ver cuanto antes, se lo concedió gustoso como una justa recompensa de su brillante carrera, y á la vez como un medio de instruirse. Apenas lo recibió se despidió de sus amigos, y de todos aquellos que por algun título tenian derecho á su reconocimiento. Cumplidos estos deberes, el Sr. Deage le preguntó si habia olvidado á la Señora á que estaba mas obligado, y sin informarse de qué Señora queria hablar su ayo, «voy al punto, le contestó, á manifestarle »todo mi reconocimiento;» y yendo á la iglesia se postró ante un altar de la Santísima Virgen, y dió gracias con una fervorosa oracion á la Madre del Salvador, de todas aquellas de que le era deudor. De vuelta á su casa: «Ahora, le dijo, partiremos cuando querais; ya he dado gracias á la que mas me ha favorecido;» (1) y en efecto, el segundo dia de octubre se puso en camino con su ayo. Llegado á Roma, sin atender á todos los monumentos de que está llena esta ciudad de los recuerdos, sus primeros pensamientos, como sus primeros afectos, fueron para lo que podia alimentar su piedad, mas bien que para objetos que solo sirven para satisfacer una vana curiosidad. Mas celoso en edificarse en este centro de todas las glorias de la religion, que en recoger impresiones de viaje, fue al Coliseo para contemplar el campo de batalla en que el cristianismo sin armas venció al mundo pagano, para regar con sus lágrimas la tierra consagrada con la sangre de tantos millones de mártires, y animarse á la virtud con los grandes ejemplos de tantos héroes cristianos. Visitó la Basílica de San Pedro para reanimar su fe y su adhesion á la Silla Apostólica; la de San Pablo para avivar su caridad acercándose á aquel gran corazon, cuyas cenizas tanto deseaba venerar el ilus-

(1) El P. la Riviere, p. 421.

tre Crisóstomo; la de Santa María la Mayor, para desahogar su alma conmovida ante el pesebre de Belén, trasportado allí por la piedad de los Soberanos Pontífices; la de Santa Cruz de Jerusalén, para venerar las insignes reliquias de la Pasion del Salvador; y las de San Sebastian y San Lorenzo, extra-muros, para orar ante los innumerables mártires cuyos cuerpos en ellas se conservan (1).

No es esto decir que dejara de ver las demás maravillas que ofrece la capital del mundo cristiano al interés del viajero: visitó todos los antiguos monumentos de la magnificencia romana, los templos, los teatros, los arcos triunfales, los trofeos, las columnas, y todos aquellos restos fastuosos del orgullo humano, por los cuales habian querido immortalizarse los señores del mundo; pero los visitó como cristiano, con esos elevados pensamientos que da la fe. «¡Oh locura de la vanidad de los hombres! se decía, ¿de qué les sirven ahora estos arcos de triunfo, estos »trofeos, estas estatuas y estos sepulcros? ¿De qué les sirve »á Antonio y á Diocleciano haber tenido estos magníficos »baños? ¡Ay, cuán vanas son las obras de los hombres »cuando no se refieren á Dios! Estos desgraciados, que »grababan sus nombres sobre la piedra, ¡cuán dignos son »de compasion, por no haber conocido otro género de in- »mortalidad!» A la dignidad de los reyes, de los cónsules y de los emperadores de la antigua Roma, el santo viajero oponia la de los Soberanos Pontífices, Vicarios de Jesucristo y sucesores de San Pedro; y admirando la superioridad de estos sobre los otros en la verdadera grandeza, y cuán mas estable es su imperio, la Iglesia, mucho mas estensa que todo el imperio romano (2), repetia con una alegría santa las palabras del Salmista: «Haceis demasiado honor á vuestros amigos, ¡oh Dios mio! los glorificais hasta el esceso: *Nimis honorificati sunt amici tui, Deus; nimis confortatus est principatus eorum.*» (3)

(1) Carlos Aug., p. 36.

(2) Id., ibid.

(3) Ps. CXXXVIII.

Mientras que Francisco de Sales se ocupaba así en Roma en edificarse é instruirse, esperiméntó en sí de un modo bien sensible la proteccion de Dios. Habiendo llegado unos grandes señores á la fonda donde se hospedaba, le obligaron á dejarla para darles cabida. Se sometió sin réplica, y á la noche siguiente el Tiber, engrosado por lluvias torrenciales, se desbordó con furia, arrastrando aquella fonda, situada á su orilla, con todos los que la habitaban, sin que ninguno pudiera escapar de la muerte. Una prueba tan visible de la Providencia llenó de reconocimiento el corazón del santo viajero, aumentando la piedad, que tanto habia crecido en su alma con la estancia en Roma (1).

Pocos dias despues partió y se dirigió á Nuestra Señora de Loreto (2). Apenas, dice el P. la Riviere, se hubo puesto de rodillas en este santuario maravilloso, cuando, como si hubiera entrado en un horno ardiendo, se sintió inflamado de una caridad extraordinaria (3). Considerando que allí habia morado el Hijo de Dios encarnado con María y José, que allí habian orado, trabajado, descansado

(1) Carlos Aug., p. 36.—La Madre de Chaugy, p. 21.

(2) La capilla de Loreto es la pequeña casa que habitaba la Santísima Virgen cuando, á la voz del ángel, el Verbo de Dios se encarnó en su seno. Esta casa, antes de estar en Loreto, habia sido trasportada por los ángeles de Nazareth á Dalmacia, bajo Clemente V, despues que los cristianos perdieron los Santos Lugares de la Palestina. Tres años y siete meses despues, los ángeles la trasportaron, atravesando el mar Adriático, al territorio de Recanati, á una selva perteneciente á una señora llamada Loreto; siete meses despues la trasportaron á una milla mas allá de la selva, y algun tiempo despues al medio de la via pública, donde ahora se encuentra. La verdad de estas traslaciones ha sido atestiguada: 1.º por innumerables milagros; 2.º por el testimonio de los escritores mas recomendables, que han discutido el hecho con toda la severidad de la crítica y lo han demostrado cierto; 3.º por las informaciones oficiales hechas en Dalmacia y Nazareth; 4.º por las constituciones de los Soberanos Pontífices, que despues del exámen mas severo han establecido una fiesta, una Misa y un Oficio para celebrar la memoria de este hecho milagroso; 5.º por la creencia de toda la cristiandad. Despues de la segunda traslacion á Recanati, una multitud innumerable de peregrinos acudió de casi toda la Europa para honrar esta santa casa, y despues las peregrinaciones no han cesado. (Benedict. XIV, *de festis B. Mariæ Virginis*, cap. XVI.)

(3) Pag. 87.

y tomado alimento, besó con los mas tiernos sentimientos de devocion aquella tierra santa, aquellos muros benditos, regándolos con las lágrimas de su piedad. Despues de haber recibido allí los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, se consagró de nuevo al Verbo encarnado y á la Santísima Virgen, renovando el voto de castidad. En recompensa de tanto fervor, Dios le concedió gracias extraordinarias: apareció arrebatado en éstasis, y mientras que palabras de amor se escapaban como dardos de fuego de su corazón abrasado, así como de su inteligencia, iluminada con celestiales luces, su rostro se mostró encendido y radiante, como un astro, á los numerosos testigos que se encontraban en la iglesia. El espectáculo de esta maravilla sorprendió sobre todo al Sr. Deage, que estaba presente, realzando á sus ojos la alta idea que tenia de la santidad de su discípulo; y desde esta época, sobre todo, no le miró ya sino con un respeto que tenia algo de veneracion (1).

De Loreto Francisco fue á Ancona, con el objeto de embarcarse allí para ir por mar á Venecia. Encontró pronto para hacerse á la vela un falucho, que una señora napolitana de alto rango habia tomado para ella sola y su comitiva. Como ignoraba esta condicion, y el piloto, con el deseo de ganar mas, se la habia ocultado, tomó su pasaje y el de sus compañeros, pagándolo por anticipado. Al llegar la señora, viendo á aquellos estraños introducidos en el buque, contra lo que habia convenido, llamó al piloto para que los hiciera salir. Sin esperar respuesta se dirigió ella misma á Francisco en ademan imperioso, y le mandó salir. En vano este le representó con dulzura y cortesía que no necesitaba mas que un pequeño espacio para él, su ayo y tres personas que le acompañaban; que si tenia la bondad de admitirlos no la molestarian nada: todo fue inútil; la orden de que salieran lo mas pronto po-

(1) Carlos Aug., p. 37.—Dep. de Francisco de la Pesse, á quien los testigos lo habian contado, de Bonard y de Francisco Favre.

sible fue la única respuesta que pudo obtener. Se retiraron, en efecto, y el falucho se alejó con las velas desplegadas, é impulsado por un viento favorable. Desde la orilla le seguian con la vista admirando la rapidez de su carrera, cuando de repente se levantó un viento impetuoso, una horrible tempestad agita el débil bajel, y el piloto lucha en vano contra las olas, entre las que desaparece el falucho con todos los que le tripulan. Ante este espectáculo, Francisco no puede contener sus lágrimas, admirando la bondad de la Providencia, que nos trata con amor aun cuando parece contrariar mas nuestros designios, y que, por segunda vez en tan poco tiempo, le arrancaba del peligro de una muerte inevitable (1).

Entre tanto la tempestad cesó, el aire se serenó, la mar quedó tranquila, el viento favorable, y un nuevo falucho se preparó para hacerse á la vela para el puerto de Católica, pequeña ciudad entre Ancona y Venecia. Nuestros viajeros se embarcaron en él, y encontraron á todos los pasajeros risueños y alegres, no pensando mas que en divertirse, como si ya hubiesen olvidado la desgracia ocurrida pocas horas antes en el mismo mar, y que podia sucederles á ellos mismos. El santo joven, mas reflexivo y menos imprudente, despues de haber orado algun tiempo apartado, propuso á su ayó rezar juntos el Oficio divino, «temeroso, le dijo, de que se levante otra tempestad y perezcamos en las olas.» Bien pronto, en efecto, el cielo se oscureció, los vientos se desencadenaron, y una violenta borrasca combatió el barco. El piloto juraba y blasfemaba, hasta el punto de reprender á los dos pasajeros que oraban, diciendo que eran los que le atraian la desgracia. «Arrojad ese Breviario, les dijo: desde que lo teneis en la mano, el viento no ha dejado de sernos contrario.» El Sr. Deage, ofendido con estas palabras injuriosas, iba á replicar incomodado; pero Francisco de Sales, ya lleno de juicio y mansedumbre, comprendiendo que cuando se

(1) Carlos Aug., p. 38.—El P. la Riviere, p. 84.

está irritado toda reprension es mal recibida, y con frecuencia mal dada, le hizo observar que no era aquel momento de contestar, que debia perdonar el arrebato de un hombre sin educacion, y que cuando el mar estuviese tranquilo se le podria corregir útilmente. Esto fue, en efecto, lo que sucedió. Pasado el peligro, habiéndose Francisco encontrado solo con el piloto, le hizo comprender cuán fuera de razon era insultar á Dios con juramentos y blasfemias en el momento mismo en que los elementos conjurados le ponian á dos dedos de la muerte. Habiendo el piloto querido burlarse de este aviso, «no debeis reir de lo que os digo, añadió con un tono sério pero sin alterarse; estando, como estais, con tanta frecuencia en peligro de naufragar, vos mas que nadie debeis rogar á Aquel que tiene vuestra vida entre sus manos, y el único que manda á las olas y que puede salvaros.» El piloto, movido por este consejo y por la tranquilidad con que le era dado, admirando además á aquel jóven caballero que, únicamente sensible á los intereses de Dios, no habia hecho oír una sola queja sobre las injurias que le habia inferido, prometió ser mas reservado en sus palabras en lo sucesivo y servir mejor á Dios. Las atenciones que tuvo todo el resto del viaje con su caritativo consejero, probaron bien la sinceridad de sus propósitos (1).

Llegado Francisco con felicidad al puerto de Católica, partió poco despues para Venecia. En esta travesía, un pequeño accidente hizo resaltar su virtud. Mientras que prestaba toda su atencion á lo que contaban de una capilla de la Santísima Virgen que se divisaba á lo lejos sobre la orilla, y á donde le decian que los marineros salvados del naufragio tenian costumbre de ir á cumplir sus promesas, su sombrero cayó al mar por un movimiento de las cuerdas en la precipitacion de la maniobra. Francisco, no dando importancia ninguna á la pérdida de su sombrero, hubiese reido con gusto la aventura con los demás pasajeros; pero

(1) Carlos Aug., p. 39.—Dep. del Canónigo Gard.—De Maupas, p. 42.

no sucedió lo mismo al Sr. Deage, que siendo el único depositario del dinero, era el que tenía que reparar esta pérdida. Olvidando, en un arrebato de mal humor, las atenciones debidas á la insigne virtud y raro mérito de su discípulo, le reprendió duramente, significándole que, en castigo de su descuido, no tendría sombrero hasta Venecia, y sufriria, con la cabeza descubierta, la irrisión de las personas que se encontraran durante su camino. Cumplió su palabra, y habiéndose detenido el barco en Chiosa, el implacable ayo paseó á su ilustre discípulo por las calles y por la plaza principal, en medio de la mofa del pueblo, que se divertía con el espectáculo de un caballero con la espada terciada y el gorro de noche en la cabeza. Francisco recibió esta humillacion, como habia recibido la reprehension del Sr. Deage, con su ordinaria dulzura, sin dejar oír una queja ni aparecer descontento (1).

Llegado á Venecia se detuvo algun tiempo en esta ciudad, una de las mas hermosas del mundo y única en su género, para estudiar las maravillas que encierra. Durante los dias que empleó en la visita de esta floreciente ciudad, uno de los jóvenes que le acompañaban olvidó sus deberes, hasta el punto de irse por la noche á una casa de disolucion. No tardó en ser informado de ello, y profundamente afligido por la ofensa de Dios y la desgracia de su alma, que comprometia su salvacion eterna, fue á buscar al culpable, y con la energía de sus reconvenciones, fortalecidas con los terrores de la Justicia divina pero templadas por la dulzura de la caridad cristiana, le convirtió en penitente, hasta el punto de decidirle á ir, con el corazon contrito y las lágrimas en los ojos, á confesar su falta á los piés de un sacerdote, para obtener el perdon antes de dejar á Venecia (2). Francisco salió tambien para volver á su patria: pasó por Pavía, Milán, Turin y el monte Cénis, y en la primavera del año 1592 llegó felizmente á Saboya,

(1) Carlos Aug., p. 39.

(2) Id., p. 40.—De Maupas, p. 43.

al castillo de la Thuille, donde su padre habia ido á fijar su residencia, despues de haber pasado algunos años en el castillo de Brens.

No hay palabras con que espresar la alegría de los Señores de Boisy con la vuelta de su amado hijo. Ya la fama de sus adelantos y grandes virtudes, aumentando la estimacion que tenían por él, habia hecho que se aumentase tambien su cariño; pero cuando le vieron de cerca y pudieron convencerse de que la realidad aún sobrepujaba á lo que se decia de él, su alegría no tuvo límites. Estaban inocentemente orgullosos de ver á aquel jóven de veinticinco años, alto y bien formado, realizando una hermosa fisonomía con la dulzura y gracia de sus maneras, hábil en las lenguas, la Filosofía, la Teología, el Derecho civil y canónico; capaz de llevar en público la palabra con honor; mas notable aún en la conversacion privada, en la cual todos sus discursos iban marcados con el sello del buen juicio, de la prudencia y de la amenidad (1).

El Señor de Boisy, que tenia sobre él grandes designios y le miraba como el báculo y la gloria de su ancianidad, le asignó desde entonces como á primogénito el señorío de Villaroget, consiguiendo que llevara su nombre; y cuando le consideró repuesto de las fatigas del viaje, creyó dar gusto al Obispo de Ginebra al mismo tiempo que cumplir un deber de cortesía, enviándole á ofrecer sus homenajes á tan digno Prelado. Este Obispo era Claudio de Granier, hombre de un raro mérito, semejante á los antiguos Padres por su religion, sus costumbres y su inalterable constancia (2), amado de Dios y de los hombres por su candor, su dulzura y su piedad (3); tal es el elogio que el mismo Francisco de Sales hizo de él mas adelante. Modelo de los buenos Obispos, no vivia sino para el bien de su diócesis; la habia visitado toda entera; habia establecido

(1) Carlos Aug., p. 40.—El P. la Riviere, p. 91.

(2) Carta XXXIX.

(3) Prefacio del Ritual de Ginebra, por San Francisco de Sales.

en todos los lugares donde le fue posible cofradías del Santísimo Sacramento y de la Santísima Virgen, reformado las costumbres y hábitos de su clero, restablecido el uso anual de los sínodos, sustituido el Breviario romano al particular de la diócesis de Ginebra, é instituido el concurso para la colacion de los beneficios curados (1); conforme al decreto del Concilio de Trento (2). Por último, no habia perdonado nada para restablecer la disciplina eclesiástica á su antigua perfeccion, y hacer lucir en su diócesis los mas hermosos dias de la Iglesia.

Tal era el gran prelado ante el cual se presentó el nuevo Señor de Villarrogat. Desde el primer momento «el Obispo se sintió sobrenaturalmente inclinado, no solo á un afecto especial sino á un gran sentimiento de veneración;» son sus propias palabras (3). En consecuencia le acogió con honor y bondad, le hizo sentarse á su lado, le habló de la Italia, luego de la Teología y de la Jurisprudencia, y quedó tan maravillado de sus respuestas, que no solamente, cediendo al impulso de su ternura, le abrazó afectuosamente, sino que le hizo asistir al concurso que debia tener lugar aquel mismo dia para la provision de un curato vacante.

Entre las cuestiones que propusieron los examinadores, hubo una en la cual las opiniones se dividieron, y se disputó largo tiempo sin poder entenderse. El Obispo rogó al Señor de Villarrogat dijera su parecer; este se escusó al principio con mucha modestia, alegando que era demasiado novicio para permitirse hablar sobre estas graves materias, y atreverse á dar su dictámen delante de tantos célebres doctores y sobre todo en presencia de tan gran prelado. Pero en seguida, instado por el Obispo á que diera su dictamen, resumió toda la discusion que habia tenido lugar,

(1) Este concurso consiste en reunir, delante de tres examinadores por lo menos, á los eclesiásticos aspirantes á un curato vacante, no dando la plaza sino á aquel que por sus respuestas se muestre mas digno de ella.

(2) Ses. XXIV, c. XVIII, de Reform.

(3) Dep. de Bonard.

distinguió los diferentes puntos de vista, y dió sobre cada uno aclaraciones tan congruentes, soluciones tan claras y razonadas, que toda la asamblea quedó maravillada (1). Se aumentaba la sorpresa al considerar tanta ciencia teológica en un jóven que, tanto por su clase como por su traje, parecia ser extraño á tales estudios. El Obispo en particular quedó tan admirado, que para honrar tan raro mérito, acompañó á su sábio visitador hasta el pié de la escalera de su palacio, honor que no tributaba á casi nadie, y de vuelta á su cámara, dijo á los que le acompañaban: «¿Qué pensais de este joven? Será un gran personaje, una columna de la Iglesia; será mi sucesor en este obispado;» palabras proféticas, que pronunció, no como dichas al aire y al acaso, sino, segun afirmó despues, por un movimiento interior de la gracia, tanto mas favorable cuanto que los padres de Francisco le destinaban para el siglo, y no habia ninguna apariencia de que hubiera de ser algun dia Obispo (2). Por eso desde este tiempo le tuvo un afecto especial; no le llamaba mas que su hijo, y su alma estaba de tal manera preocupada con él, que hasta en sus sueños se le representaba bajo emblemas misteriosos acudiendo en ayuda de su ministerio, y le veia degollando, sobre las montañas de Saboya, los lobos y los osos, los leones y pante-
ras que atacaban á las ovejas de la Iglesia de Ginebra.

Apenas hubo vuelto á Annecy el Señor de Villarrogat, cuando su padre, queriendo aprovechar para el honor é interés de su casa los brillantes estudios de su hijo, le envió á Chambery, á sufrir las pruebas acostumbradas para ser recibido abogado en el Senado de Saboya. Le hizo acompañar de Mr. Deage, y le dió cartas de recomendacion para el célebre Antonio Favre (3), senador, ligado por una es-

(1) Carlos Aug., p. 41 y sig.—*Vida de Claudio Granier*, p. 138.—De Mau-
pas, p. 45.

(2) Dep. del canónigo Gard y de Bonard.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. V, XXXVI.—El P. la Riviere, p. 97.

(3) Antonio Favre nació en Bourg-en-Bresse el 4 de octubre de 1557; hizo sus estudios, hasta la Filosofía inclusive, en el colegio de los Jesuitas en